Tal es *La careta de cristal*, comedia transparente, honda y saturada de intenciones regeneradoras, respecto a las costumbres del principal ba-luarte de la mexicanidad: la clase media.

Nuestros plácemes.

LEOPOLDO RAMOS

MARGARITA ABELLA CAPRILE, *Sombras en el mar*.—Buenos Aires, Agen-cia General de Librerías y Publicaciones. 153 pp.

Y aquí explico, humilde tomo,
 Cómo
 Naciste, y por qué te nombras
 Sombras
 (Reverso de luz solar)
 En el mar.
 Tristeza, inquietudes, calma
 Y el miraje de viajar,
 Se reflejan en el alma
 Como sombras en el mar.

(*Ovillejo final*)

Así explica Margarita Abella Caprile, autora de *Nieve* y de *Perfiles en la niebla*, el título de esta bella colección de versos.

De todas las "sombras", es la tristeza la que parece reflejarse más hondamente en el alma de la poetisa. Dice en "*Sombras en el mar*", el poe-ma que precede a los otros:

Cuando el tropel brumoso de las nubes desfila,
 Y sobre el mar proyecta su tristeza remota,
 Un llanto gris de imágenes, que exuberante brota,
 Nubla el éxtasis líquido de la inmensa pupila.

Efímera es la alegría; hay que aprovechar el breve momento de su existencia.

Corazón: me he propuesto que esta bella mañana
 Nos sintamos felices. El Otoño, al acaso,
 Va poniendo en las hojas, que son como de raso,
 El bronce de su larga pincelada temprana.

Tan alto el Sol parece que no tuviera ocaso.
 Corazón: no caviles; con alegría sana
 Sigue el compás del ritmo que agiliza mi paso,
 Sé hoy dentro del pecho sonido de campana.

Hay en el mar, a veces, cristalinos sosiegos
Y pausas vacilantes, cuya calma separa
La ola que ha pasado de la que va a romper.

Tal es nuestra insegura placidez. Seamos ciegos,
Corazón, y gocemos de esta paz honda y clara:
Ya volverá, mañana, la tristeza de ayer.

En otra parte, la poetisa compara la calma alegre con un oasis:

Alma mía, escuchemos: relatan las estrellas
La confidencia eterna del mundo sideral.
Oyendo cómo fluye la voz del infinito,
Acaso lograremos un instante olvidar
Que este oasis es breve, como una bella frase
Que interpone su miel,
Entre el párrafo árido que escribirá el futuro,
Y el párrafo larguísimo de la angustia de ayer.

Esta fugacidad de la alegría, y no sólo de la alegría sino de todas las emociones y de todos los actos humanos, de toda la vida humana en fin, es una de las ideas que parecen preocuparle más a la señorita Caprile. Es, por supuesto, una idea que siempre conmueve a los poetas y a todas las almas sensibles; pero cada cual la expresa a su propia manera. La expresa la señorita Caprile de una manera exquisita y original en el poema "Fugacidad" (que a mí me parece uno de los más bellos), donde contrasta lo relativo durable de las cosas inertes con lo transitorio de las manifestaciones de la vida humana.

Sabiduría estática de las cosas inertes
Que alargan su presente con la inmovilidad;
Iguales a sí mismas impasibles comentan
Nuestra fugacidad.

Las rosas, que prolongan el olvidado gesto
De quien llenó con ellas el vaso de cristal,
No han variado la intacta fragancia de su fresco
Rubor primaveral.

El libro abandonado tiene idénticas frases;
En la página abierta conserva la impresión
De los ojos, que andaban por el fino sendero
Que hay en cada renglón.

Continúa entreabierta la ventana, insensible
A la noche y al frío del blanco amanecer;
Y todos los objetos imitan hoy la exacta
Disposición de ayer.

Nada aún ha podido cambiar, y sin embargo
Apenas pasa un día sobre nuestra emoción,
Y ya tiene el recuerdo tiempo de ser recuerdo,
Y ya ha crecido un roble dentro del corazón.

Y como todos los que se dan cuenta de lo momentáneo de nuestra vida, la poetisa tiene por insignificantes las inquietudes y los regocijos que preocupan a los hombres. Se mantiene separada de la vida, y la ve desde la altura de una tranquilidad que, aunque teñida de tristeza, es filosófica e inteligente. En el poema "Altura", les aconseja a todos que no exageren la importancia de las cosas.

Ennoblece tu espíritu y "levántate y anda".
Contempla indiferente lo que el destino manda;
Al lado de lo eterno, el reír y el llorar
Y la inquietud mezquina, ridícula o nefanda,
Son un juego de niños a la orilla del mar.

Nada tiene importancia y a nada pongas nombre;
El dolor no te agite, ni la calma te asombre;
La cobarde asechanza no te haga sufrir;
Mira todas las cosas como las mira un hombre
Que va a morir...

Otra idea que resalta en el libro es la del aislamiento del individuo. Es mejor que el alma guarde sus secretos; inútil es que trate de revelarlos, siendo vanas las palabras para expresar la sutileza de los sentimientos personales.

Es inútil que hables, y expliques
Tu alegría o tu padecer;
Es cosa vana que te apliques:
No hay voluntad de comprender.

Estamos solos; las palabras
Son una estéril invención.
Enciértrate y a nadie abras
La puerta de tu corazón.

Sé tú el amigo de ti mismo,
Resígnate, no busques más,
Porque es infranqueable el abismo
Que separa de los demás.

Los que sufren más de este aislamiento son los jóvenes cuyo desencanto no lo comprenden los que ya no lo son.

Los que ya no son jóvenes niegan nuestra amargura
Y el brusco desencanto que la vida nos da;
Los que ya están de vuelta de todos los caminos
No entienden que emprendemos otro camino igual.

¿Será que no recuerdan los años juveniles?
¿O, acaso, porque ignoran después de tanto andar,
Después del repetido sangrar de mil heridas
Cuál fué, de las heridas, la que doliera más?

En este poema conmovedor hay sin duda una nota de amargura
—¿verdad?— y parece que la autora sufre también por la misma falta
de comprensión. También se nota en "La lètanía del reproche", en que
lamenta el rechazo cruel de la vida al entusiasmo ilusorio con el cual
la juventud la enfrenta.

Vida que consigues
Matar,
Con lo que nos quitas
Y lo que nos das:
Vinimos soñando,
Y nos enseñaste
A no soñar;
Eramos de cera
Y nos volviste
Pedernal.

Teníamos alas,
Nos dijiste:
"No hay que volar."
Cuando hablar quisimos
Gritaste:
"¡Callad!"

Sabíamos nuestra
Pequeña y humilde
Verdad;
Tu risa de hielo
La hizo avergonzarse
Y vacilar.

Transparentes como
Los niños, vibrábamos
Con la resonancia
Del cristal;
Y brusca nos diste
Larga edad.

Rebosaba el alma
Lo mismo que un cáliz
Santamente lleno
De hondura y piedad;
Y un día lo hiciste
Volcar.

Eramos sin límites
Y nos limitaste.
Y hoy somos igual
A un lago ceñido,
Donde el agua presa
Resigna sus ansias
De marchar.

En una estrofa de este mismo poema deplora el hecho de que la vida obligue a todos a caber en un molde idéntico.

Eramos estatuas
Con el gesto amplio
Y original;
Y nos igualaste
Con la misma fuerza
Con que redondea
Las rocas el mar.

Y en el "Soneto de la liberación" proclama su intento de librarse de las trabas convencionales y seguir los impulsos originales de su corazón.

Pero yo he de ver libre mi nativo tesoro.
De adheridas escorias iré limpiando el oro
Hasta arrancarle toda bastarda agregación.

Hollando sugerencias, romperé la maraña,
Para salir del bosque de la opresión extraña
Y encontrar el camino del propio corazón.

Los poemas de esta colección que reflejan "tristezas", "inquietudes" y "calma", no se borrarán pronto en la memoria del lector. Los que reflejan "el miraje de viajar", aunque son atractivos, se recordarán menos que aquéllos.

University of Washington, Seattle.

CLOTILDE M. WILSON,